

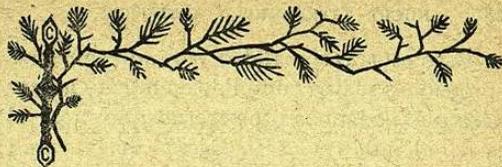
de quien, hace veinte años, en una misma semana, dijeron el Marqués de Molíns y Eulogio Florentino Sanz:—«¡Este muchacho tendrá el desenlace de Larra!» «¡Este chico tiene cara de suicida!»: crean Vds. á un viejo que, después de grandes batallas con el mundo y consigo mismo, ha deducido una verdad, que constituye toda su dicha, todo su consuelo, toda su fuerza; aquella gran verdad de que «para ser feliz, basta resignarse á no serlo»; verdad que, en sustancia, está contenida, como todas las del orden moral, en la filosofía del Evangelio:—y, por resultas de cuanto les he dicho, no publiquen Vds. la *Corona poética!*

Conque perdónenme tan larga homilía, y dispongan de la amistad que con este motivo les ofrece su atento servidor,

Q. S. M. B.,

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid, 3 de Julio de 1876.



BELLAS ARTES ¹

PINTURA

«Desde luego vemos con gusto que los pintores entran en el buen camino, emancipándose de añejas prácticas y confiando en su propio espíritu.....»

»..... Los culteranismos son las supersticiones del arte.»



Así escribíamos hace dos años en las columnas de *La Discusión*, al examinar las obras de pintura presentadas en la Exposición de 1856.

¡Con cuánta más razón podemos repetir hoy estas palabras! ¡Hoy, que lo que entonces era

¹ Los tres artículos que van á continuación sirvieron respectivamente de prólogo á tres series de Revistas de las obras de PINTURA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA presentadas en la Exposición de Bellas Artes de 1858. Desde entonces hasta hoy, ¡cuántos insignes artistas han brillado en el cielo de la Patria, realizando las esperanzas y pronósticos que contienen estos artículos!

(Nota de 1883.)

un deseo es ya casi realidad; hoy, que nuestras aspiraciones se han cumplido en mucho mayor escala que podíamos prometernos; hoy, que al abrirse al público la Exposición de pinturas, un general aplauso ha saludado la resurrección del arte español, del genio nacional, de aquel fuego divino que animó el pincel de Rivera, Velázquez y Goya!

Pasma, en efecto—y ésta es la primera idea que acude á la imaginación al visitar las galerías de la Trinidad,—el asombroso progreso que ha hecho la Pintura en nuestra patria en estos dos últimos años; pasma asimismo la decisión, la valentía, la deliberada fe con que nuestros artistas han adelantado por la senda feliz en que aventuraron algunos pasos en 1856. Vese que no hay casualidad ni fortuna en lo que han conseguido, sino conciencia y sentimiento: vese que todos saben adónde van, y que todos van á un mismo punto, salvo ligerísimas excepciones, enamoradas de menos legítima gloria.—Se comprenderá que tales excepciones son los *clásicos*.

Con todo: ni el estacionamiento de éstos, ni lo que digamos en elogio de alguna de sus obras, pueden quitar á la Exposición de 1858 sus caracteres de independencia, de espontaneidad, de españolismo: caracteres que, no sólo la distinguen y colocan sobre todas las anteriores, sino que, como dijimos antes, señalan

ya la época de nuestro renacimiento artístico y dejan entrever á la madre patria nuevos días de aquella gloria que más de una vez creyó desvanecida.

No se entienda por esto que en el ex convento de la Trinidad se ha exhibido una numerosa colección de obras magistrales, ni que ninguno de los expositores (exceptuando al Sr. Haes) deba creerse dispensado de aprender más.—La presente Exposición, á nuestro juicio, es meramente una lisonjera esperanza, y no la admiramos tanto por lo que encierra como por lo que promete para en adelante.

Ya lo hemos indicado. Lo que más se revela en la Exposición de pinturas es un espíritu de independencia que, escapando de los antiguos dogmas, pugna por vivir de sí propio, sin recordar los modelos convencionales del clasicismo, ni atenerse á una servil imitación de las obras consagradas por el tiempo. La novedad, la originalidad, la autenticidad del pensamiento luce por todas partes. Aun en los cuadros de menor importancia, aun en las más desgraciadas obras, échase de ver un obstinado afán de crear, de inventar, de componer, de deberse á sí mismo todas las alegrías del triunfo. Apenas hay lienzo en que no se revele esta fuerza generadora, más ó menos feliz en su manifestación: unas veces la elección del asunto, otras la manera de verlo; aquí la dis-

posición de las figuras, allí la inventiva en tipos y caracteres; en un lado el dibujo, en otro el color; pero siempre el mismo noble propósito de producir algo nuevo, algo propio, algo español.

Ni se limita á esto la importancia de la Exposición de la Trinidad en la época pictórica que atravesamos.—Francia, la gran corruptora de todo lo bello, no contenta con inventar la literatura naturalista y la música materialista, dió en un día aciago la receta de la falsa Pintura. Desde entonces saltó por encima de los Alpes y de los Pirineos una inundación de cuadros de efecto, como suele decirse, destellando el brillo efímero y deslumbrador del *double* y de todo lo que tiene más de afeite que de real hermosura;—secreto, entre paréntesis, que constituye todo el atractivo de las novelas y melodías, de las manufacturas y costumbres, de la política y hasta de los remedios sociales que salen á luz en el vecino Imperio.—En tanto que esto sucedía con el *color*, y que en los dos grandes panteones de la Pintura (en Italia y en España) se olvidaban las más venerandas tradiciones por tan flamante y peregrina novedad, acontecía en toda Europa una cosa semejante con el dibujo y el asunto. La carencia absoluta, que aqueja á la civilización actual, de sentimientos elevados, de vida del alma, de *poesía propia*, para decirlo de una vez; la falta

de religión doméstica, de religión patriótica y de religión divina, hizo que los pintores volvieran los ojos al antiguo mundo pagano, pidiéndole reflejos de bellezas y virtudes que recomendar en sus cuadros.....—¡Ah! Renegaban del Cristianismo, y evocaban las divinidades mitológicas.—Pero de este consorcio de un espíritu sin fe y de una belleza muerta, no han nacido sino engendros enfermizos y monstruosos. Y es que de la misma manera que el entendimiento humano no puede retroceder en la senda de la civilización, así tampoco el sentimiento puede menospreciar la vida y encarnar en las entrañas de una momia.—Por otra parte (confesémoslo ingenuamente), la pintura mística, primer fruto del renacimiento italiano, representación gloriosa del Cristianismo, campo de azucenas que recorrieron Giotto, Beato Angélico, Perugino, Rafael, Morales, Corregio, Vinci, Murillo, Zurbarán, Juan de Juanes y tantos otros genios inmortales, habíase fatigado ya de reproducir monótonamente los mismos tipos, un mismo sentimiento, una exclusiva verdad, que, reduciendo la influencia de la pintura á fomentar la religiosidad, la esterilizaba como elemento de civilización en el orden profano.

Pues tal es el momento en que la juventud española,— ¡la juventud, repárese bien esto; que los afamados y antiguos profesores nada

han mandado á la Exposición, si se exceptúa un retrato!;— tal es el momento, decimos, en que, rompiendo con la costumbre, con la autoridad, con lo que se hace en las demás naciones, *con lo que ama y prefiere la Academia de San Fernando* (recuérdense los asuntos de sus certámenes), con la escuela francesa y con la italiana, con el misticismo y con la mitología, con todo lo que estorbaba, en fin, á la libre manifestación del genio nacional, recuerda las grandes bellezas de la escuela sevillana, estudia á Velázquez, busca la realidad....., bien que la realidad poética y artística pide sus tremendas verdades á Rivera, invade la historia, apela á la tradición, desciende al corazón humano; y, en vez de limitarse á representar en lo físico la inflexible y rigurosa belleza griega, y en lo moral el éxtasis de Apóstoles y Serafines tiende á traducir todo lo que encuentra en la vida y en la Naturaleza, á interpretar los varios sentimientos del alma: la fe, el desengaño, los celos, la soberbia, la ira, el amor, la locura, la hipocresía, la pobreza, la ambición.—Y no ya en el aislamiento del retrato, sino en sociedad y armonía con el drama humano, corriendo el velo de la historia, resucitando *la acción entera*, adivinando, idealizando, creando mundos en su fantasía.....; pero siempre dentro de la esfera de lo positivo.

Por lo demás, en los infinitos asuntos de

nuestra historia ó de nuestras costumbres que se han presentado, notamos también otra circunstancia muy recomendable, y es la gravedad, la importancia, la trascendencia del pensamiento que los anima. Hay, por lo común en el *asunto* de los cuadros un fondo de seriedad, de filosofía, de buen sentido, que enseña, aconseja y hace meditar cuando menos. No representa triunfos de conquistadores, ni apoteosis de simples mortales, ni actos de crueldad, ni escándalos, ni locas alegrías..... Representa la verdad, la melancolía de la existencia, la vanidad de las cosas humanas, la caída de los imperios, la muerte de los poderosos de la tierra, el término del amor y de la codicia. En comprobación de lo que decimos, basta recordar el título de algunos cuadros: *La limosna para enterrar á D. Alvaro de Luna, Doña Juana la Loca, La batalla de Guadalete, El fin del reino moro en Sevilla, Valdés meditando un cuadro en un panteón, La muerte de Felipe II, La visita de Carlos V á Francisco I, Cervantes preso, meditando el Quijote; Cervantes escribiendo, Cervantes moribundo.....*, etcétera, etc.

Los asuntos cómicos, afortunados siempre bajo el pincel de los españoles, los cuadros de género y las escenas de costumbres, dan muestras de igual patriotismo y de la misma oportunidad para elegir: *El Lazarillo de Tormes*,

Sancho ante la Duquesa y los *Tipos* del nunca bien llorado *Hispaleta*, vienen en apoyo de esta nuestra opinion.

Es también de notar en la Exposición de Pinturas—vista en conjunto—la fuerza, el calor, la riqueza de colorido que descuella por todos lados. Más que de correctos dibujantes (en esto se hallan conformes todas las opiniones que han llegado á muchos oídos), los jóvenes expositores se han acreditado de grandes coloristas. ¡Qué fuego, qué intensidad, qué vigor para animar el lienzo! ¡Qué tono tan igual, tan reposado, tan armonioso!

Resumiendo:

La Exposición de 1858 consuela, entusiasma y conmueve al espectador, porque es un amanecer, una primavera, un campo rico de savia y de juventud, que todo lo hace esperar, que todo lo promete, que á todo se aventura. No se ve, como en otras Exposiciones, un arte que copia, una inspiración que declina, un joven que imita á un viejo, una belleza reflejada, retrospectiva, fija en lo pasado y vuelta de espaldas al porvenir. No: se ve la vida, la germinación, el progreso, y, como dijimos antes, la nacionalidad artística, la independencia patria, la Pintura española.

¡Ah! ¡Siquiera en esto, existiremos ya! Los extranjeros, al recorrer esa Exposición, tendrán que convenir en que esta abatida España,

que imita la política de otras naciones, que copia sus modas y sus costumbres, que recibe la limosna de sus adelantos científicos y de sus milagros industriales, que no es tenida en cuenta en los Congresos europeos, que carece de iniciativa en todo, que ya no influye en la literatura de ningún pueblo, ni inventa, ni descubre, ni pelea, ni conquista, ni osa vengar los agravios que en Gibraltar, en Marruecos y en América se inferen á su honor, tiene existencia propia en algo y podrá muy pronto yanagloriarse de figurar por algún concepto entre las primeras naciones de Europa.

.....

ESCULTURA

No somos clásicos. Revolucionarios en artes y letras, como en todo, amamos sobre todo la música, forma vaga, expresión indeterminable del sentimiento. Y amamos el drama de Shakespeare, el poema de Byron, la canción de Henry Heyne, como fórmulas infinitas, como imágenes verdaderas, como símbolos indefinibles de la constante variedad del espíritu, de esa irradiación inconmensurable á lo desconocido, que, arrancando del mismo centro que las creaciones clásicas, rompe el círculo de hierro

de los dogmas y las escuelas y vá á perderse en las últimas regiones conquistadas por el deseo, por la fe, por la adivinación, por el éxtasis, por el presentimiento ó por la duda!

No, no somos clásicos; pero nos inclinamos reverentes ante el clasicismo. Sin él, sin su forma estable y determinada, el pasado sería para nosotros un caos, un laberinto, una maraña inextricable. El clasicismo, expresión concreta de sentimientos que secó la muerte, es, así en artes como en literatura, un Término que nos encamina en el estudio estético de la historia, así como los padrones puestos por Bartolomé Díaz en el litoral de África señalaron á Vasco de Gama el camino de la India.

De aquí se deduce que, según nosotros, la Escultura no puede tener hoy *actualidad moral*; ó, lo que es más claro, que la Escultura, esencia del clasicismo, se ve precisada en nuestros días á ser una obra de imitación, de reflejo, de retrogradación; un anacronismo; una reproducción tradicional de ajenas creaciones. Hoy puede reinar activamente la Pintura, cuyo vastísimo campo lo encierra todo, al modo del drama moderno; hoy puede imperar en los espíritus la Música, poema inconmensurable como el lirismo y la epopeya de los románticos; pero la Escultura, ¿cómo?—¿Dónde está hoy el ídolo, el símbolo, la creen-

cia, la personificación del sentimiento general?—La Escultura, que por espacio de veinte siglos ha vivido refugiada en el Templo y en el Palacio, haciendo santos y reyes, ¿qué puede crear en nuestra era de escepticismo, de emancipación y de ansia de libertad? ¿Dónde hallar la afirmación que resuma nuestros eclécticos entusiasmos? ¿Se puede personificar la Duda? ¿Cabe idealizar sus consecuencias? ¿Es posible hoy alguna apoteosis? ¡No!—Pues por esta causa no puede existir la Escultura coetánea, ó sea el clasicismo de actualidad.

Así es que hoy la Escultura se ve precisada á fingir creencias ó á recordar idolatrías, y siempre bajo la forma pagana; lo cual acontecía ya en pleno Renacimiento: el *Moisés* de Miguel Angel y el *Perseo* de Benvenuto Cellini son griegos por esencia y forma. Y de aquí que nosotros, románticos en pintura, música y bellas artes, seamos clásicos, rigoristas, dogmáticos hasta la severidad al tratar de la Escultura; pues desde el momento que negamos la actualidad de este arte, reconocemos la tiranía de lo antiguo, nos sometemos á ella, la predicamos, y pretendemos hallarla en las obras de nuestros escultores.—Es lo contrario diametralmente á lo que hemos dicho hablando de la Pintura.

Por lo demás, creemos que la Escultura es el arte aristocrático: su individualismo (per-

mítasenos la frase), su aislamiento, su unidad perpetua, se impone á la imaginación con cierta mística autoridad. La estatua reconoce como peculiar asunto al héroe, al mito, al semidiós, al Dios,—la idea sentida. Es y debe ser siempre lo bello típico, la plástica de lo abstracto, la abstracción de lo concreto, la piedra inmóvil y fija eternizando un instante; la inmortalidad de lo más deleznable de la Naturaleza,—el cuerpo;—la materialización de lo más ideal,—la creencia.

Desde este punto de vista, estudiemos, en las obras de Escultura expuestas en la Trinidad, lo que haya en ellas de monumental y de clásico.

.....

ARQUITECTURA

I

Ante todas cosas, y en muy pocas palabras, vamos á hacer nuestra profesión de fe en materia de Arquitectura.

Creemos desde luego que este arte es hoy el monumento de sí mismo. Ya no es aquella expresión espontánea, puramente artística, con que el hombre alzaba un canto eterno al héroe

ó al Dios de su patria: no es ya la página de piedra que traducía el pensamiento de un siglo: no es lujo, ni monumento, ni culto, ni invención constante. Es un hecho de aplicación utilitaria, un recuerdo en la forma, una industria en la esencia. El pensamiento y el sentimiento se han abierto otro camino para pasar á la inmortalidad. Este camino es la imprenta.—Víctor Hugo lo ha dicho.

Sin embargo, veneramos la Arquitectura sobre todo encomio, y no vacilamos en llamarla *Madre de todas las artes*. Y no sólo *madre* porque fué la más antigua, sino porque las albergó á todas, porque les dió hospitalidad. También es la más cariñosa, la más amiga, la más consagrada al hombre. Protégela; dale asilo y hogar; es templo de su creencia, obelisco de su gloria, urna para sus cenizas. Como puente, lo transporta sobre los ríos; como raro, lo guía en la tempestad; como acueducto, fertiliza sus campos eriales; como muralla, defiende su propiedad y su derecho; como palacio, le asegura la tranquilidad de sus placeres.

Hasta aquí la importancia de la Arquitectura. En cuanto á su historia, podemos reducirla á menos palabras.

Hallamos dos tendencias marcadísimas en este arte: una á la idealidad, otra á la sobriedad. Nos explicaremos.

La disforme y pesada arquitectura india,

aquella monstruosidad ciclópea, consistía en labrar una montaña: Egipto remueve la montaña, y la coloca sobre macizas columnas: el Druida, en tanto, congrega inmensos monolitos: Grecia crea la columnata esbelta y armoniosa, aclarando y bordando la mole: Roma engendra la cúpula hueca que invade el espacio, y busca la idealidad en la amplificación y en la magnitud: las dos escuelas bíblicas, el cristianismo y el islamismo, arrancan del gusto bizantino, y se dividen en gótico y en árabe: la Arquitectura se hace aérea, flotante, calada como un velo. La idealización de la piedra ha llegado á su culminante expresión: la aguja, la torre, el minarete, hienden el azul del espacio y como que buscan el camino del cielo. El Renacimiento aparece entonces como un espléndido anacronismo, como ese instante de angélica hermosura que tienen los moribundos; y, de entonces para acá, cumplida la misión de hacer brotar una mariposa de la informe crisálida de los indios, la Arquitectura propende por completo á la sobriedad. El *Palacio de Cristal* es el resultado inmediato. La Arquitectura ha muerto; es decir, ha quedado reducida, según ya hemos indicado, á la condición de *monumento de sí propia*.

Veamos ahora qué género de culto debe merecer entre nosotros esta augusta víctima de las edades.

Ó, lo que es más humilde, demos nuestra última vuelta por la *Exposición general de Bellas Artes*.

II

Mas, antes de descender al examen parcial de las obras que nos parezcan dignas de ello, diremos lo que en general se nos ocurre acerca de las copias presentadas por los alumnos de la Escuela de Arquitectura.

Vemos en ellas dos cosas: una muestra del estado y método de enseñanza, y otra del adelanto individual de los escolares.

Con respecto á la primera, reconocemos un gran paso dado por nuestra época al romper las trabas impuestas á la Arquitectura, trabas más estrechas y enojosas que las que oprimieron á las demás artes, pues por ellas quedó reducida á un simple oficio recargado de preceptos y recetas.

Hoy se ha ensanchado el círculo de la enseñanza: las artes greco-romanas, interpretadas por tal ó cual preceptista sistemático, han dejado felizmente de ser el obligado de los modelos, y las demás escuelas han escapado de la proscripción en que las tenía una severidad poco justificada.

Sin embargo, esta emancipación, lejos de dar un resultado halagüeño para el buen gusto artístico, ha contribuído á desarrollar prácticas tan inconvenientes como lo era la tiranía dogmática de que se ha escapado.

Así es que las obras de los citados alumnos no versan sobre tipos clásicos y perfectos, sino sobre producciones de épocas bárbaras todavía, ó ya en visible decadencia. Comprendemos que aun tales monumentos deben estudiarse, como pertenecientes á la historia arquitectónica; pero esto debiera hacerse cuando fuera ya sólido y estable el conocimiento de los tipos originarios: de otro modo, es de temer que los embriones oscuros ó las degeneraciones viciosas de lo clásico y de lo bello corrompan el gusto y resuciten nuevas herejías en el arte.

No se crea por ello que exigimos que los modelos se erijan en preceptos; lo que deseamos es que las obras bastardas no se erijan en modelos.

En los monumentos de la antigüedad clásica, y especialmente en Roma, á la cual se refieren la mayor parte de las copias presentadas, para un trozo aceptable y típico, hay mil que no lo son y que pertenecen á un período de decadencia. La Escuela debiera haber tenido en cuenta que Roma careció de artes originales, y que su genio fué más combinador que creador, de donde sus obras no son tan admirables

por los detalles como por el conjunto, ó sea por la composición general. Los accesorios griegos, elementos de todas las obras romanas, perdieron más que ganaron al contribuir á la erección del anfiteatro.

Lo mismo podemos decir en cuanto á las copias de monumentos góticos. Ya que nuestro siglo ha sido justo con la Arquitectura religiosa de Occidente, calificada de bárbara por los ciegos artesanos del *barroquismo* y otros fanáticos artistas; ya que la filosofía, estudiando las artes, ha encontrado en nuestras catedrales de la Edad Media la mística genealogía del sentimiento cristiano, dándose cuenta de su origen, clasificando sus períodos y determinando el momento en que, afeminada y falta de fe y de vigor, injustificada y redundante, cedió su puesto á las creaciones antiguas que salían de la tumba; ya, en fin, que las investigaciones de la estética han dado con los tipos puros, clásicos y originales del gusto gótico, ¿por qué recurrir en busca de modelos á los monumentos de Italia, que, si bien ricos y esbeltos, están muy lejos de la ascética originalidad, de la valentía primitiva que descuella en los otros?

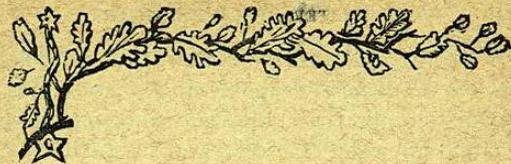
Italia no pudo desprender jamás de sus hombros la púrpura de los Césares: el Catolicismo de Roma nunca huyó de la Basílica, sino que la consagró, instalándose en ella. No alcanzamos, pues, la razón de hacer copiar á los alum-

nos los monumentos ojivales de Italia, teniendo en nuestro país tipos grandes y severos de su belleza, oriundos de la mejor época, y no desprovistos de cierto gusto nacional que nos honra. Pero ¡qué mucho, si se ha tenido el poco tino de permitir que se copien varios fragmentos de una época bárbara y de otra de decadencia, como única representación de nuestra riqueza monumental!....

Deseamos, por tanto, ver á los principiantes en mejor camino, y aconsejamos á la Escuela que tenga más conmiseración con el arte y más amor á nuestras verdaderas glorias.

Enumeremos ahora las obras de la Exposición.

.....



LA RISTORI

QUÉ es la Ristori?

Si se lo preguntáis á los escultores que una noche y otra estudian y admiran maravillas de su arte en esa estatua viva, os responderán llenos de entusiasmo:—«La Ristori es una escultora sin rival: eclipsa á Praxíteles y Miguel Ángel en el arte de modelar el dorso, de plegar los paños, de componer la figura, de eternizar un gesto, un movimiento, una mirada: su actitud es siempre académica, siempre monumental. Su genio, sólo, ha logrado lo que no logró Pigmaleón sin el favor del cielo: animar el mármol. Ver á la Ristori, es recorrer un Museo de Escultura, donde se hallen la *Amazona* de Fidias, la *Venus* de Milo, la *Piedad* de Miguel Ángel, la *Magdalena* de Cánova.»

Pues si preguntáis á los pintores, os hablarán, no ya de estatuas solamente, sino de cuadros.